ta, ó más bien evidente identificación de la doncella de la torre, cuya canción había escuchado tan atento, y la hermosa sirvienta de maese Pedro, con una condesa fugitiva de elevada alcurnia, huyendo de las persecuciones de un amante odioso, favorito de un tutor tirano que abusara de su poder feudal. Pero la novela de Quintín se interrumpió por una visión, la de maese Pedro, que parecía ejercer la mayor autoridad, hasta en el formidable funcionario de cuyas garras había escapado aquel día tan difícilmente. Las reflexiones del joven, respetadas por su compañero de celda, llamado Guillermo Harpeo, fueron interrumpidas al fin por la vuelta de su tío, que mandó á Quintín acostarse, á fin de que se pudiera levantar temprano para acompañarle á prestar su servicio en la antecámara real, donde debía estar con cinco de sus compañeros á la hora de salir el rey.

CAPÍTULO VIII.

El mensajero.

> A los ojos de Francia sé tú el rayo,
> seguro precursor de mi llegada,
> que mis cañones rugirán muy pronto,
> anunciando la hora de venganza.

Si Quintín hubiese sido uno de esos hombres que se dejan dominar fácilmente por la pereza, el estrépito que se produjo en el cuartel de los guardias escoceses después del toque de diana habría bastado para alejar á Morfeo del lecho del joven; pero la disciplina en el castillo de su padre y en el convento de Aberbrothick le habían acostumbrado á levantarse con la aurora. Durward se vistió alegremente, oyendo el toque de las bocinas y el ruido de las armaduras, lo cual indicaba que estaban relevándose los centinelas, algunos de los cuales volvían á su alojamiento después de terminado el servicio de noche; mientras que otros iban á desempeñar el de la mañana; varios guardias, entre los cuales se contaba el Acuchillado, armábanse á su vez para prestar el servicio junto á la persona del rey Luís. Quintín Durward, poseído de ese sentimiento de vanidad tan natural en un joven de sus años, púsose muy pronto su brillante uniforme; mientras su tío, que le miraba con el mayor interés, cuidando de que no le faltase nada, no podía ocultar su satisfacción al observar el nuevo aspecto que tomaba su sobrino.

—Si llegas á ser tan fiel y valeroso como arrogante es tu presencia—le dijo—voy á tener en ti uno de los más distinguidos escuderos de la guardia, lo cual no podrá menos de

honrar á la familia de tu madre. Sígueme á la cámara real y no te separes de mí.

Así diciendo, el Acuchillado tomó una ancha y pesada partesana, con magníficos adornos, y después de invitar á su sobrino á proveerse de un arma semejante, aunque más ligera, dirigiéronse ambos al patio interior del palacio, donde sus compañeros, los que debían entrar de guardia en las habitaciones reales, estaban ya reunidos, esperando la señal; los escuderos, colocados detrás de sus amos, formaban una segunda línea. También se veían allí algunos monteros con magníficos caballos y perros de la mejor casta, los cuales contempló Quintín con tan detenida complacencia, que su tío hubo de recordarle más de dos veces que los animales no estaban allí para su recreo, sino para el del rey, muy apasionado por la caza, pues era la única diversión á que solía entregarse, siendo tan severo protector de los animales de sus bosques, que se podía matar á un hombre más impunemente que á un jabalí.

Habiéndose hecho una señal, pusiéronse los guardias en movimiento, obedeciendo á la orden del Acuchillado, que hacía entonces las veces de oficial, y después de comunicarse el santo y seña y llenar otros requisitos que daban á conocer el extremado celo con que desempeñaban su servicio, encamináronse al salón de audiencias, donde se esperaba al rey.

Por más que para Quintín fuese cosa nueva el esplendor, el efecto del que ahora se ofrecía á sus ojos desvaneció algún tanto las ilusiones que había formado respecto al brillo de una corte. Cierto que se veían allí gentiles hombres luciendo vistosos trajes, guardias con ricas armaduras, y servidores de diversas categorías; pero el joven no vió ninguno de los antiguos consejeros del reino, ninguno de los altos dignatarios de la corona; no oyó tampoco pronunciar nombre alguno de los que en aquel tiempo eran la gloria de la nación, ni encontró allí ninguno de los grandes jefes que en la flor de su edad eran la fuerza de Francia, ó de los más jóvenes y altivos precoces aspirántes á los honores, que constituían su orgullo. El recelo, la reserva y la profunda y artificiosa política del rey habían alejado el brillante círculo que antes rodeaba el trono, que sólo se veía ya en ciertas ocasiones solemnes; pero todos se presentaban con recelo y alejábanse después alegremente, como se supone que lo hicieron los animales de la fábula después de haberse acercado á la guarida del león.

Las pocas personas que parecían tener allí el carácter de consejeros eran hombres de aspecto vulgar, cuyos semblantes podrían expresar la sagacidad, pero cuyos modales indicaban que se les había llamado á figurar en un círculo que no les correspondía ni por sus hábitos ni por su educación. Sólo una ó dos personas parecieron á Durward de un aspecto más noble, y la severidad del servicio no era tal que impidiese á su tío decirle sus nombres.

La una, lord Crawford, que vestía el brillante uniforme de su clase y tenía en la mano el bastón de mando, de plata maciza, era ya conocido de Quintín, como lo es de nuestros lectores. Entre los demás personajes que parecían de cierta calidad, el más notable era el conde de Dunois, hijo de aquel célebre Dunois, conocido con el nombre de el Bastardo de Orleans, que batiéndose bajo la bandera de Juana de Arco, distinguióse brillantemente en la parte que tomó para libertar á Francia del yugo inglés. El hijo había sabido conservar el alto renombre heredado de su glorioso padre, y á pesar de sus relaciones con la familia real y su popularidad hereditaria, así entre la nobleza como entre el pueblo, Dunois había demostrado en todas ocasiones un carácter tan franco y tan leal, que parecía haber desvanecido toda sospecha hasta del receloso Luís, á quien agradaba verle cerca de su persona, y aun llamarle algunas veces á su consejo. Aunque amaestrado en todos los ejercicios que debía practicar un hombre de su clase, y dotado de todas las condiciones de lo que entonces se llamaba un perfecto caballero, la persona del conde distaba mucho de ser un modelo por sus cualidades físicas. De estatura regular, aunque muy fornido, tenía las piernas arqueadas hacia afuera, de ese modo que conviene más al jinete que al viandante; sus espaldas eran anchas, el cabello negro, el color del cutis cetrino, y los brazos desmesuradamente largos y nervudos; las facciones, irregulares, casi degeneraban en feas, pero en cambio tenían tal expresión de dignidad y altivez, que á primera vista reconocíase en el conde Dunois la nobleza del caballero de elevada cuna y la arrogancia del soldado. Su aspecto denotaba audacia; su andar era digno y airoso, y la dureza de sus facciones disimulábase por su mi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

rada de águila y su noble frente. En aquel momento vestía un traje de caza, más bien severo que ostentoso, pues muchas veces desempeñaba las funciones de Montero mayor, aunque no creemos que entonces ejerciese este cargo.

Apoyado en el brazo de su pariente Dunois, y adelantándose con lento y perezoso paso, vióse llegar á Luís, duque de Orleans, el primer príncipe de la casa real (después rey, con el nombre de Luís XII), y á quien los guardias y servidores prestaban homenaje como tal. Este personaje, como heredero del reino, era el blanco de las sospechas de Luís XI, y por lo tanto no se le permitía ausentarse de la corte, ni se le confiaba tampoco cargo alguno. La humillación degradante que sufría el desgraciado príncipe en aquella especie de cautiverio comunicaba á su exterior un aspecto de marcada tristeza, que en aquel momento era mucho más profunda, por haber comprendido el heredero del trono que el rey Luís meditaba respecto á él uno de los más indignos é injustos actos que un déspota podía cometer, cual era el de obligarle á dar su mano á la princesa Juana de Francia, la hija más joven del monarca. Esta unión se había concertado ya en la infancia, pero como la princesa era deforme, insistir en semejante acuerdo constituía un acto de rigor indigno.

Este infeliz príncipe no se distinguía en nada por sus cualidades físicas; y en cuanto á su carácter, era humilde y benévolo, lo cual se podía reconocer fácilmente aun á través del velo de tristeza que parecía oscurecer su persona. Quintín observó que el duque evitaba cuidadosamente mirar á los guardias reales, y que cuando debió devolverles el saludo no levantó la vista del suelo, como si temiese que el receloso rey pudiera interpretar un ademán de pura cortesía como propósito de excitar un interés personal entre ellos.

Muy diferente era la conducta del orgulloso cardenal Juan de Balue, entonces ministro favorito del rey Luís, y que por su elevación al poder y su carácter se asemejaba al cardenal Wolsey tanto como podía permitirlo la diferencia que había entre el astuto y político Luís y el iracundo Enrique VIII de Inglaterra. Luís había elevado á su ministro desde la clase más baja á la dignidad de Gran Limosnero de Francia, colmándole de beneficios; obtuvo luégo para su favorito el birrete de cardenal; y aunque era demasiado prudente para confiar al ambicioso Balue el poder ilimitado que el rey Enrique depositó en Wolsey, sometíase más á su influencia que á la de ningún otro de los consejeros conocidos. Juan de Balue, por lo tanto, no había dejado de incurrir en el error común á todos aquellos que desde la clase más ínfima se elevan de pronto al poder, porque estaba persuadido de que debía este cambio á su capacidad y talento, y que de consiguiente, podía entender en todos los asuntos, aun los más extraños á su profesión y estudios. De elevada estatura, y de aspecto antipático, afectaba ser galante y admirador del bello sexo, aunque sus modales hacían absurda semejante pretensión, que su estado no permitía tampoco, sin faltar al decoro que á sí mismo se debía como prelado. Algún adulador ó cortesano le habían hecho creer en mal hora que sus largas y descomunales piernas, heredadas de su padre, que era carretero de Limoges, ó, según otras autoridades, molinero de Verdun, le comunicaban un aspecto elegante; y esta idea le había infatuado de tal modo, que siempre se cuidaba de levantar un poco por un lado su ropaje de cardenal para que se pudiesen ver sus pesadas formas. Al cruzar la cámara, luciendo su traje de color carmesí, detúvose varias veces para mirar las armas y el uniforme de los caballeros de guardia, hízoles varias preguntas con tono de autoridad, y se permitió censurar á varios de ellos por lo que llamó irregularidades en la disciplina, en un lenguaje á que aquellos expertos soldados no contestaron, aunque claramente se veía que escuchaban con impaciencia y desprecio.

—¿Sabe ya el rey—preguntó Dunois al cardenal—que el enviado borgoñón ha pedido con instancia una audiencia?

—Ya lo sabe—contestó el cardenal—y según veo, aquí tenemos á Oliverio Dain, el que todo lo puede, quien nos comunicará la voluntad del rey.

En aquel momento adelantóse, desde una de las habitaciones interiores, un personaje notable, que entonces compartía el favor del rey con el orgulloso cardenal; pero no se presentaba con el aparato y ostentación del hombre de iglesia. Muy lejos de ello, era de escasa estatura, pálido y flaco, y en vez de capilla, túnica ó levita, sólo llevaba una especie de hopalanda de seda negra, prenda nada á propósito por cierto para realzar á una persona ordinaria por

demás. Una bacía de plata que llevaba en la mano, y un paño blanco pendiente del brazo, indicaban su baja profesión. Tenía la mirada penetrante, pero procuraba disimularlo, manteniendo siempre la vista fija en el suelo; mientras que con ligero y silencioso paso, como el de un gato, más bien parecía deslizarse que andar por la habitación. Pero aunque

la modestia pueda oscurecer el valor, jamás oculta el favoritismo de una corte, y, por lo tanto, inútiles fueron los esfuerzos de nuestro personaje para pasar desapercibido, pues harto se sabía que aquel célebre barbero y criado de confianza era el confidente del rey. Llamábase Oliverio el Dain (1), pero á veces se le daba el nombre de Oliverio el Malo, ú Oliverio el Diablo, epítetos que había merecido por la poco escrupulosa habilidad con que contribuía á llevar á cabo los proyectos de la tortuosa política de su señor. Al entrar dirigió algunas

(1) El pueblo, que aborrecía á este personaje, dióle el sobrenombre de *Diablo*, y después le llamó el *Gamo* (le Daim ó Dain). Primeramente fué barbero del rey, pero después erigióse en consejero favorito.

breves palabras al conde Dunois, quien salió inmediatamente, mientras que el barbero se deslizó silencioso hacia la cámara de donde había salido, abriéndole paso todo el mundo, deferencia á que sólo correspondía con una ligera inclinación de cabeza, excepto dos ó tres personas, á las cuales murmuró una rápida palabra al oído, con no poca envidia de todos los demás cortesanos, alejándose después presuroso para evitar contestaciones, y no dar tiempo á que le hicieran demandas los que tenían interés en ello. Luís Lesly tuvo la buena suerte de ser en aquella ocasión uno de los individuos á quienes favoreció con una palabra, para asegurarle que su asunto quedaba arreglado satisfactoriamente.

Pronto recibió la confirmación de la agradable noticia, pues á poco entró en la cámara el antiguo conocido de Quintín, Tristán el Ermitaño, y avanzó directamente hacia el sitio donde estaba el Acuchillado. El traje del formidable preboste, que era magnífico, sólo servía para realzar más la siniestra catadura y desagradable aspecto de este personaje; y el tono con que habló de conciliación al guardia escocés, más bien se asemejaba al gruñido de un oso que á la voz humana, pero en cambio las frases no dejaron de ser amistosas. El Preboste se lamentó de la cuestión suscitada entre ellos el día antes, alegando que la culpa era del sobrino del señor Acuchillado, por no haber llevado el uniforme de su cuerpo, ni dicho que pertenecía á la guardia escocesa, lo cual le había inducido á cometer un error, que esperaba se le dispensase.

Luís Lesly contestó como convenía, mas apenas Tristán volvió la espalda, dijo á su sobrino que para el futuro tendrían un enemigo en la persona del temible preboste; pero que estaban fuera del alcance de sus tiros, y que un soldado que cumplía con su deber podía reirse de aquel funcionario.

Quintín no pudo menos de participar de la opinión de su tío, pues al separarse de ellos el preboste, no disimuló esa mirada de cólera provocadora que el oso dirige al cazador, cuyo venablo le ha herido. A decir verdad, aun en su estado normal las miradas del preboste expresaban tal malevolencia y perversos sentimientos, que algunos hombres se estremecían si las fijaba en ellos. Á Quintín le impresionaron profundamente, porque aún le parecía tener sobre sus hombros las manos de los dos ejecutores subalternos del preboste.

Entretanto, Oliverio, después de dar la vuelta por la cámara con ese paso furtivo que hemos indicado ya, viendo á las personas más notables hacerle paso, dispensándole toda clase de cumplidos, que él parecía deseoso de evitar, entró de nuevo en una habitación interior, cuyas puertas se abrieron un momento después para dar paso al rey Luís.

Así como los demás, Quintín fijó la vista en él, é hizo de pronto un movimiento tan brusco, que por poco deja caer su arma, pues acababa de reconocer en el rey de Francia aquel mercader en sedas, maese Pedro, que le había acompañado en su paseo matinal. Varias veces había concebido singulares sospechas respecto al verdadero rango de aquel personaje; pero la realidad excedía á todo cuanto pudo imaginar.

La severa mirada de su tío, enojado al observar aquella falta de respeto, le hizo volver en sí; pero no quedó poco asombrado al ver que el rey, cuya rápida mirada le había distinguido ya entre los demás, se dirigía en línea recta al sitio donde él estaba, sin hacer caso de nadie.

—Según me han dicho, joven—dijo el rey deteniéndose delante de Quintín—parece que ya habéis tenido una disputa apenas llegado á Turena; pero os perdono porque la culpa fué principalmente de un necio mercader en sedas, quien creyó que vuestra sangre escocesa necesitaba calentarse por la mañana con el vino de Beaulne. Si llego á encontrarle, haré de él un ejemplar para aquellos que traten de extraviar á mis guardias.

—Acuchillado—añadió dirigiéndose á Lesly—vuestro pariente es un gallardo mancebo, aunque algo fogoso. Nos agrada favorecer á los hombres de este genio, y pensamos hacer más de lo que nunca hicimos en favor de los bravos que nos rodean. Que se apunte el año, el día y la hora en que nació vuestro sobrino, y entréguese la nota á Oliverio.

El Acuchillado se inclinó profundamente, tomando después su posición erguida; mientras que Quintín, recobrándose de su primera sorpresa, comenzó á observar el aspecto del rey con más atención, admirándole no poco la diferencia que notaba entre el soberano y el supuesto maese Pedro, por lo que hacía á sus facciones y manera de conducirse.

En cuanto al aspecto exterior, no era grande el cambio, pues Luís XI, que siempre se burlaba de la ostentación, sólo

vestía en aquel momento un traje de caza muy usado, de color azul oscuro, no mucho mejor que la sencilla ropa que llevaba la víspera, ostentando en el cuello un enorme rosario de ébano, regalo nada menos que del gran Turco, quien había asegurado á Luís que provenía de un ermitaño copto del monte Labanón, personaje notable por su santidad. En vez de su gorra con una sola imagen, ahora llevaba un sombrero cuya cinta estaba guarnecida por lo menos con una docena de figuritas de plomo, representando santos. Sin embargo, los ojos, que, según el primer concepto de Quintín, sólo se animaban cuando maese Pedro hablaba del lucro y de las ganancias, tenían ahora, cuando el joven veía que eran los de un poderoso monarca, una mirada penetrante y majestuosa; y aquellas arrugas de la frente, que Quintín pensó se habrían formado sólo en fuerza de cavilar durante largo tiempo sobre planes comerciales, parecíanle ahora surcos abiertos por el trabajo continuo de un espíritu sagaz que medita sobre el destino de las naciones.

Detrás del rey salieron las princesas de Francia y las damas de su séquito. La mayor, que después casó con Pedro de Borbón y fué conocida en la historia de Francia con el nombre de *dama de Beaujeu*, no tiene gran conexión con lo que vamos refiriendo. Era alta, bastante hermosa é instruída; producíase con gracia y facilidad, y poseía gran parte de la perspicacia de su padre, quien confiaba mucho en ella y la amaba hasta el punto á que podía llegar el cariño en un corazón como el suyo.

La hija menor, la desgraciada Juana, la destinada en esponsales al duque de Orleans, iba tímidamente á su lado como quien estaba persuadida de no poseer ninguna de aquellas prendas exteriores que tanto desean las mujeres ó por lo menos les gusta que puedan atribuírseles. Su flaco y descolorido rostro parecía el de un convaleciente; tenía el cuerpo ladeado, y á causa de su andar desigual podía pasar por coja. Una hermosa dentadura, unos ojos cuya expresión habitual era la melancolía, la amabilidad y resignación, constituían los únicos objetos que la misma lisonja se atreviera á encarecer para contrabalancear la deformidad del resto de su persona. Para dar la última mano á su retrato, diremos que el descuido de la princesa en sus atavíos y enco-

gimiento en todas sus acciones daban bien á entender la manera inusitada con que estaba íntima y dolorosamente convencida de su fealdad, y que no se atrevía á hacer inútiles esfuerzos para reparar con el arte los defectos de la naturaleza, ó recurrir á otros medios de agradar. El rey, que la miraba con bastante indiferencia, adelantóse inmediatamente á ella, así que la vió salir.

—¿Qué es esto, hija mía?—exclamó.—¿Siempre despreciando el mundo? ¿Te vestiste esta mañana para ir á la caza ó para entrar en un convento? Habla, responde.....

—Para hacer lo que sea del agrado de Vuestra Majestad—contestó la princesa con acento tan débil, que apenas pudo oirse.

—Ya, ya—continuó el rey;—tú quisieras persuadirme que deseas apartarte de la corte y renunciar al mundo y sus vanidades. ¿Creerías acaso, Juana, que yo, hijo primogénito de la Iglesia, podría negar mi hija á Dios? No permita el cielo que sea yo capaz de impedir este sacrificio, á conocer que es de tu agrado y que tu vocación es verdadera.

Diciendo esto hizo el rey devotamente la señal de la cruz con un ademán que pareció á Quintín semejante al de un vasallo artificioso que desprecia el mérito de alguna prenda que desea guardar para sí, á fin de excusarse con esto de ofrecerla á su señor.

«¿Y tiene valor para hacer así el hipócrita á la faz del cielo?—pensó Durward;—¿y para chancearse con Dios y los santos, como lo hace impunemente con los hombres, que no se atreven á sondear sus pensamientos?»

Después de un corto intervalo de devoción interior, tomó Luís nuevamente la palabra.

—No, hija mía—dijo:—Yo y algún otro conocemos mejor tus íntimos sentimientos. ¿No es así, mi querido primo de Orleans? Vamos, acércate, y da la mano para montar á caballo á esa vestal que tan bien te corresponde.

Estremecióse el duque de Orleans cuando el rey le dirigió la palabra, y apresuróse á obedecerle, pero tan precipitado y confuso, que tuvo que exclamar Luís:

—Despacito, querido primo, despacito. Tu galantería no tiene espera. ¡Cuántas veces la precipitación hace ladear á los pobres amantes! ¡Cuidado con lo que haces! Poco ha

faltado para que tomaras la mano de mi hija mayor, en vez de la de su hermana. ¿Será menester que os presente yo mismo la mano de Juana, caballero?

Alzó los ojos el desgraciado príncipe, y tembló como un niño cuando se le obliga á tocar un objeto que le inspira natural repugnancia: hizo después un esfuerzo, y tomó la mano de la Princesa, que ni se la ofreció ni se la negó tampoco. En tal situación, bañados en sudor frío los dedos de la hija del rey, que apenas se sostenían en la trémula mano del duque, y clavada en el suelo la vista de ambos, hubiera sido difícil asegurar cuál de los dos era más completamente infeliz: si el duque que se hallaba ligado á odioso objeto con vínculos que no se atrevía á romper, ó la desventurada joven que no podía dudar del horror que inspiraba á un hombre cuyo afecto hubiera querido comprar á costa de su propia vida.

—Á caballo, damas y caballeros—dijo el rey.—Yo mismo me encargo de mi hija de Beaujeu; y Dios y San Huberto nos deparen buena caza esta mañana.

—Temo, señor—dijo el conde de Dunois, quien acababa de entrar—que por desgracia tengo la comisión de interrumpirla. El embajador del duque de Borgoña está á la puerta del castillo, y exige audiencia.

—¿*Exige*, Dunois?—exclamó el rey.—¿No le respondiste como te lo mandé decir por Oliverio, que no había lugar por hoy; que mañana era la fiesta de San Martín, durante la cual con el favor de Dios, no nos ocupará ningún negocio profano; que al día siguiente partíamos para Amboise; pero que á nuestro regreso no dejaríamos de darle audiencia tan pronto como nos lo permitiesen nuestras ocupaciones?

—Todo se lo he dicho, señor—respondió Dunois—y..... sin embargo.....

—¡Fuego de Dios! ¿Qué es lo que se atravesó en tu gaznate, Dunois? Fuerza es que ese borgoñón te haya hablado en términos muy indigestos.

—Señor, á no contenerme mi deber, las órdenes de Vuestra Majestad, y su carácter de embajador, acaso la indigestión hubiera sido para él. Por nuestra señora de Orleans, que más deseos tenía de hacerle tragar nuevamente las palabras, que de venir aquí á repetirlas á Vuestra Majestad.

—Por vida de mi padre, Dunois, maravíllome mucho que siendo tú el hombre más impaciente de cuantos existen, te cueste tanto trabajo perdonar el mismo defecto á nuestro arrogante é impetuoso primo Carlos de Borgoña. Pues bien: en cuanto á mí, tanto caso hago de esos importantes mensajes, como las torres de este castillo de los silbidos del viento nordeste, que viene de Flandes, lo propio que ese fanfarrón de embajador.

—Sepa pues, Vuestra Majestad, que el conde Crève-Cœur queda á la puerta del castillo con su acompañamiento de trompetas y demás séquito. Dice que, puesto que Vuestra Majestad le niega la audiencia que su señor le dió orden de solicitar para asuntos del más urgente interés, permanecerá á la puerta hasta media noche; y á cualquiera hora que salga Vuestra Majestad, sea por algún negocio ó para tomar el aire ó dedicarse á algún devoto ejercicio, se le presentará, le hablará, y no desistirá de su empeño mas que á la fuerza.

—Ese embajador ha perdido el juicio—dijo el rey con mucha serenidad.—¿Parécele á ese botarate de flamenco que ha de ser gran penitencia para un hombre sensato permanecer tranquilamente en el castillo por espacio de veinticuatro horas, cuando tiene para ocuparse todos los negocios de un reino?.... Esos genios inquietos y traviesos creen que todos han de ser como ellos, que no se hallan á gusto sino cuando montados á caballo galopan velozmente. Manda retirar los perros, querido Dunois, y que se tenga buen cuidado con ellos; nosotros celebraremos consejo, en lugar de ir hoy á caza.

—Vuestra Majestad no se librará por eso del conde de Crève-Cœur—respondió Dunois;—pues las instrucciones que trae de su amo son, que á no obtener la audiencia que solicita, clave su manopla en la estacada que circuye el castillo, en señal de desafío á muerte de parte del duque, como que se niega á rendir pleito homenaje á la Francia, y que desde luégo declara la guerra á Vuestra Majestad.

—¿Sí?—dijo Luís, sin que se pudiese notar variación alguna en el sonido de su voz, pero frunciendo las cejas de modo que sus pelos largos y espesos le cubrían casi enteramente sus oscuros y penetrantes ojos.—¿Las cosas han llegado á tal extremo? ¿Mi antiguo vasallo toma ese tono de autoridad?

¿Mi querido primo me trata con tan poco respeto? Pues bien, Dunois, preciso será desplegar el Oriflama y gritar *Montjoye Saint Dénis!*

—¡Enhorabuena! ¡ojalá!.... y *amen!*—exclamó el belicoso Dunois.

Y los soldados de la guardia, que estaban presentes, no pudiendo resistir á igual impulso, hicieron cada cual en su puesto un movimiento de que resultó un triquitraque de armas que sólo duró un momento, pero que resonó distintamente en la sala. Miró Luís en derredor suyo con cierta satisfacción y arrogancia, y por un instante pensó y aun se mostró como hubiera hecho su valeroso padre.

El entusiasmo momentáneo cedió, sin embargo, á un tropel de consideraciones políticas, que en aquella coyuntura hacían sumamente peligrosa toda desavenencia con la Borgoña. Ocupaba entonces el trono de Inglaterra Eduardo IV, intrépido y victorioso rey, que combatiera personalmente en treinta batallas. Era hermano de la duquesa de Borgoña, y podía fundadamente recelarse que sólo aguardaba un rompimiento entre Luís y su cuñado para introducir en Francia por la puerta siempre abierta de Calais, sus armas victoriosas en las guerras civiles, procurando así por medio de una invasión en Francia, recibida siempre con entusiasmo por los ingleses, borrar hasta la memoria de sus disensiones intestinas. Á estos recelos añadíase el de la vacilante fidelidad del duque de Bretaña; sin hablar de otros muchos é importantes objetos que merecían la pena de ser tomados en consideración. Así fué que cuando pasados algunos instantes de silencio volvió Luís á tomar la palabra, aunque habló con el mismo tono, hízolo bajo un sentido totalmente distinto.

—Pero no permita Dios—dijo—que el Rey Cristianísimo autorice el derramamiento de sangre cristiana, pudiendo sin deshonor evitar esta calamidad. No consentiré en ello, sin mediar una necesidad absoluta. Interésame más el bien de mis vasallos, que el agravio que puedan hacer á mi decoro las groseras palabras de un embajador descomedido, que acaso ha traspasado el límite de las facultades de que ha sido revestido. Que se introduzca inmediatamente á mi presencia al embajador del duque de Borgoña.

—¡*Beati pacifici!*—dijo el cardenal La Balue.

—Esta es la pura verdad —añadió el rey—y Vuestra Eminencia sabe bien que los humildes serán exaltados.

El cardenal pronunció un *amen* en que tomaron parte poquísimas personas; pues hasta las pálidas mejillas del duque de Orleans se cubrieron con la púrpura de la indignación; y el Acuchillado supo reprimir tan poco la suya, que dejó caer con estrépito el recatón de su partesana al suelo, movimiento de impaciencia qne le valió severa reprimenda por parte del cardenal, seguida de una instrucción sobre el modo cómo se debían manejar las armas en presencia del soberano. El mismo rey dió muestras de estar extraordinariamente confuso por el silencio que reinaba en toda la sala.

—¡Muy pensativo has quedado, Dunois!—le dijo Luís. —¿Desapruebas acaso que cedamos á ese fogoso embajador?

—Nunca me entrometo, señor—respondió Dunois—en lo que es superior á mi esfera. Sólo pensaba en pedir una gracia á Vuestra Majestad.

—¡Una gracia, Dunois!.... No sueles tú pedirlas muy á menudo, con que puedes contar con mi disposición á concedértela.

—Desearía pues, señor—dijo Dunois con toda la franqueza de un militar—que Vuestra Majestad me enviase á Evreux para obligar al clero á que guarde una perfecta disciplina.

—Eso sí que sería superior á tu esfera—respondió el rey sonriéndose.

—Señor—replicó el conde—bien sabré yo reducir á los eclesiásticos á su deber, cuando el señor obispo de Evreux, ó su eminencia el cardenal, si prefiere este último título, sabe enseñar el ejercicio á los soldados de la guardia de Vuestra Majestad.

Volvió á sonreirse el rey, é inclinándose al oído de Dunois, díjole con tono misterioso:

—Acaso llegue el momento en que tú y yo arreglemos como corresponde á ese eclesiástico; pero en la actualidad no es hombre ese con quien pueda uno jugar con dado falso. ¡Ah, Dunois! Roma, Roma es quien nos agobia con esa pesada carga, amen de muchas otras; pero, primo, paciencia y barajar hasta vernos con buena mano. (1)

(1) Véase la nota F. *Jugar á las cartas.*

Los clarines que resonaron en el patio indicaron la llegada del embajador borgoñón. Todos los que se hallaban en la sala de audiencia apresuráronse á ocupar sus puestos, según el orden de precedencia respectivo: el rey y sus hijas quedaron solos en el centro de la asamblea.

El conde de Crève-Cœur, intrépido y famoso guerrero, entró entonces en la sala; y, contra la costumbre de los embajadores de potencias amigas, presentóse completamente armado, con sólo la cabeza descubierta. Llevaba magnífica armadura de Milán, de bellísimo acero, con labores de oro en él embutidas, trabajadas en el fantástico estilo que se llama arábigo. Pendía de su cuello sobre su reluciente coraza el distintivo de la Orden de su señor, llamado el Toisón de oro, una de las más honoríficas órdenes de caballería que se conocían entonces en la cristiandad. Seguíale un hermoso paje llevando su casco, y precedíale un heraldo con las credenciales que presentó al rey doblando la rodilla, en tanto que el embajador se detenía en medio de la sala, como para dar tiempo de que pudiese admirarse su noble porte, majestuoso talante y tranquila arrogancia de su fisonomía y modales. El resto de su acompañamiento se quedara en la antecámara ó en el patio.

—Acercaos, señor conde de Crève-Cœur—dijo Luís después de haber echado una ojeada á los despachos.—No había necesidad de credenciales de mi primo, ni para presentarme tan célebre y distinguido guerrero, ni para asegurarme de la justa reputación de que goza en el palacio de su amo. Espero que vuestra bella esposa, cuya sangre tiene alguna relación con la nuestra, goza de perfecta salud. Si vos, señor conde, os hubiéseis presentado delante de Nos dándole la mano, creyera que llevabais la armadura en esta ocasión, contra costumbre, para sostener la superioridad de sus atractivos con todos los caballeros enamorados de Francia; pero sin esto me es imposible adivinar el motivo de veros así tan completamente armado.

—Señor—respondió el embajador—el conde de Crève-Cœur debe sentir su infortunio, y suplicaros que le disculpéis si no puede en esta ocasión responder á Vuestra Majestad con la humilde deferencia debida á la real cortesanía con que os habéis dignado hablarle; pero, aunque sólo hiera vuestros

oídos la voz de Felipe de Crève-Cœur de Cordés, las palabras que os trasmite son las de su excelso señor y soberano el duque de Borgoña.

—¿Y qué palabras tiene que pronunciar Crève-Cœur á nombre del duque de Borgoña?—preguntó Luís, tomando cierta dignidad propia de esta circunstancia.—Pero ante todo, acordaos que en este lugar, Felipe Crève-Cœur de Cordés habla al soberano de su soberano, según él llama.

Inclinóse Crève-Cœur, y con voz levantada principió su arenga de este modo:

—¡Rey de Francia! El poderoso duque de Borgoña os envía nuevamente una nota por escrito, que contiene el detalle de los contrafueros y vejaciones cometidas en las fronteras por los destacamentos y oficiales de Vuestra Majestad; y mi primer pregunta se reduce á saber si Vuestra Majestad está en ánimo de darle satisfacción por estos agravios.

El rey, habiendo echado por un momento la vista á la nota que le presentó el heraldo de rodillas, contestó:

—Estas quejas se han pasado á mi Consejo mucho tiempo hace. De los hechos que se mencionan, unos son represalias de injurias sufridas por mis vasallos; otros están destituídos de pruebas; y los destacamentos y oficiales del duque vengáronse ellos mismos de muchos otros. Sin embargo, si se encuentra alguno que no pueda colocarse en ninguna de estas tres clases, pronto estoy, en calidad de príncipe cristiano, á dar satisfacción á mi primo por los atropellos de que pueda quejarse, aunque cometidos no sólo sin mi autorización, sino contra mis órdenes expresas.

—Trasmitiré la respuesta de Vuestra Majestad á mi excelso amo—respondió el embajador;—pero séame lícito manifestar que como en nada difiere de las demás evasivas que se han dado hasta ahora á sus justas quejas, no es creíble que pueda asegurar por sí sola el restablecimiento de la paz y buena armonía entre la Francia y la Borgoña.

—Será lo que Dios quisiere—dijo el rey.—La moderada respuesta que doy á esas injuriosas reconvenciones, no es hija del temor que tenga á las armas de vuestro amo; dimana únicamente de mi amor á la paz y á la concordia. Pero proseguid desempeñando vuestra comisión.

—La segunda petición de mi amo—continuó el embajador

—es que cese por fin Vuestra Majestad de mantener inteligencias clandestinas con sus ciudades de Gante, Lieja y Malinas. Requiere que Vuestra Majestad mande retirar los agentes secretos que siembran desconfianza entre los buenos ciudadanos de Flandes; y que destierre de sus dominios, ó más bien entregue á su señor feudal para ser castigados como merecen, á los traidores que, habiendo abandonado el teatro de sus intrigas, hallaron fácilmente un asilo en París, Orleans, Tours y otras ciudades de Francia.

—Decid al duque de Borgoña—respondió el rey—que no sé de qué inteligencias clandestinas me acusa con sobrada injusticia; que mis vasallos de Francia tienen frecuentes relaciones con las principales ciudades de Flandes, empleándose en un comercio ventajoso á entrambos paises, cuya interrupción sería tan contraria á los intereses del duque como á los míos; en fin, que por igual motivo muchos flamencos residen en mis estados y gozan de la protección de mis leyes; pero que no tengo noticia de ningún refugiado por revolucionario ó traidor al duque. Proseguid; ya oísteis mi respuesta.

—Sí, y con tanto sentimiento como la primera, señor; pues no la encuentro ni bastante directa ni bastante explícita, para que el duque mi amo quiera recibirla en satisfacción de una larga serie de secretas intrigas, que no porque Vuestra Majestad las niegue en este instante, dejan de tener un carácter de indudable certeza. Prosigo con mi embajada. El duque de Borgoña requiere además al rey de Francia para que le envíe sin demora á sus dominios, bajo buena y segura escolta, las personas de Isabel, condesa de Croye, y de su parienta y tutora la condesa Hamelina, de la misma familia, en atención á que dicha condesa Isabel, que por las leyes del país y sistema feudal de sus dominios, es pupila del mismo duque de Borgoña, emprendió la fuga dirigiéndose á un pueblo que está fuera de su jurisdicción, negando de este modo la sumisión debida al príncipe su tutor, y poniéndose bajo la oculta protección del rey de Francia, que fomenta su rebelión contra el duque su tutor y señor natural, en desprecio de las leyes divinas y humanas, reconocidas y observadas siempre en todos los paises civilizados de Europa. Señor, deténgome aquí para oir la respuesta de Vuestra Majestad.

—Hicisteis bien, conde de Crève-Cœur—dijo Luís con tono

de desprecio — empezando tan de mañana el desempeño de vuestra comisión; pues si lleváis idea de pedirme cuenta de cada vasallo que se ha visto obligado á ausentarse de los dominios de vuestro amo, á causa de sus violencias, podría ser muy bien que terminara el sol su curso sin haber vos apurado la lista. ¿Quién será capaz de asegurar que esas damas se hallan actualmente en mis Estados? Y si efectivamente se han refugiado en Francia ¿quién se atreverá á decir que yo he protegido su fuga ó las he recibido ofreciéndoles mi protección? Además, aun cuando se hallen en mi reino, ¿quién podrá afirmar que yo conozco el sitio donde se han retirado?

— Señor, Vuestra Majestad me permitirá que le diga que yo tenía un testigo en este negocio, quién viera á esas damas fugitivas en la posada que se llama de la *Flor de lis*, poco distante de este castillo; que vió á Vuestra Majestad cuando las visitaba, aunque bajo el indecoroso disfraz de un mercader de Tours; que recibió de ellas en presencia de Vuestra Majestad mensajes y cartas para sus amigos de Flandes, referidos los primeros y entregadas las segundas al mismo duque de Borgoña.

— Producidme ese testigo, conde; presentadme ese hombre que se atreve á propalar tan manifiestas calumnias.

— Habla Vuestra Majestad en tono de triunfo, pues sabe Vuestra Majestad muy bien que ese testigo no existe. Cuando vivía se llamaba Zamet Magranbín, y era uno de esos gitanos errantes. Ayer, según he podido indagar, fué ahorcado por los soldados de vuestro gran Preboste; sin duda con el intento de impedir que se encontrase aquí para atestiguar la verdad de cuanto se ha referido sobre este punto al duque de Borgoña, en presencia de sus consejeros y de mí, Felipe Crève-Cœur de Cordés.

— Por nuestra señora de Embrun—exclamó el rey—son tan absurdos todos estos cargos, y tan lejos estoy de acusarme de cosa que se les parezca, que más me excitan á risa que promueven mi enojo; aun cuando éste conviene mejor al decoro de mi soberanía. Mi guardia prebostal no pasa día que no castigue con la muerte, como es deber suyo, á bandidos y vagabundos: ¿y hase de calumniar á mi corona por lo que esos bandidos y vagabundos hayan podido decir á mi fogoso

primo de Borgoña y á sus sabios consejeros? Yo os ruego digáis á mi buen primo, que si gusta de su compañía puede admitirlos en sus dominios, pues en los míos no hallarán más que corta absolución y una buena soga.

— Mi amo, señor rey, no necesita de tales sujetos — respondió Crève-Cœur con tono menos respetuoso del que se permitiera hasta entonces:—el duque no tiene por estilo consultar brujas, gitanos y otros vagabundos sobre el destino de sus vecinos y aliados.

—Mucha paciencia es la mía; acaso demasiada—exclamó el rey interrumpiéndole: — y puesto que vuestras palabras parecen no llevar más objeto que insultarme, sabré por mi parte enviar un embajador al duque de Borgoña, porque estoy convencido de que portándoos así, os excedéis en vuestras facultades, sean las que fueren.

— Al contrario — respondió Crève-Cœur — todavía no lo he dicho todo. Oíd, Luís de Valois, rey de Francia; oíd, nobles caballeros, que estáis presentes; oigan los buenos y leales franceses de toda clase y condición. Y tú, Toisón de oro— añadió volviéndose al Heraldo — repite después de mí la siguiente declaración: «Yo, Felipe Crève-Cœur de Cordés, conde del Imperio y caballero de la distinguida orden del Toisón de Oro, en nombre del muy poderoso señor y príncipe Carlos, por la gracia de Dios, duque de Borgoña y de Lorena, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo y de Gueldres, conde de Flandes y de Artois, conde palatino del Henao, de Holanda, de Zelanda, Namur y Zutfen, marqués del Sacro Imperio, señor de la Frisia, de Salinas y de Malinas, os notifico á vos, Luís, rey de Francia, que en atención á haberos negado á la debida reparación de todos los contrafueros y agravios hechos y ocasionados por vos, ó con vuestro auxilio, sugestión é incitamiento, al referido mi señor duque y á sus amados vasallos, niega por mi medio el pleito homenaje á vuestra corona, decláraos falso y sin fe, y os reta como príncipe y como hombre. He aquí una prenda para sostener cuanto acabo de decir.

Y así diciendo, quitóse la manopla de su mano derecha y arrojóla al suelo en medio de la sala.

Durante una escena tan extraordinaria, y hasta que presenciaron este último rasgo de audacia, guardaron los circuns-

tantes el más profundo silencio; pero luégo que se oyó el ruido que hizo al caer la manopla, y el grito de «¡Viva Borgoña!» que dió casi al mismo tiempo con voz grave Toisón de Oro, el heraldo borgoñón, sucedió al silencio un estrepitoso tumulto. Mientras que Dunois, el duque de Orleans y el anciano lord Crawford y uno ó dos más, cuya elevada clase

les autorizaba para ello, se disputaban el honor de levantar el guante, resonaban por la sala las voces de «¡Heridle! ¡Matadle! ¡Viene á insultar al rey de Francia en su mismo palacio!»

Pero el rey apaciguó el tumulto, gritando con voz de trueno que sofocaba las demás é infundía respeto á todos:

—Silencio, señores; que nadie se atreva á poner la mano en el embajador, ni un dedo en su prenda. Y vos, señor conde, ¿en qué apoyáis esa existencia, y qué garantía es la

vuestra para aventurarla de este modo á una suerte tan arriesgada? ¿Vuestro duque es de condición distinta de los demás príncipes, para defender sus derechos tan fuera del orden natural?

—Sí, no hay duda—respondió el intrépido conde de Crève-Cœur—de condición distinta, de materia mucho más noble que los demás príncipes de Europa; pues ninguno de ellos se atrevió á daros asilo á vos, rey Luís, cuando siendo únicamente delfín, desterrado de Francia, os veíais perseguido por la implacable venganza de vuestro padre y por todo el poder de su reino: sólo mi ilustre amo, cuya generosidad habéis recompensado tan indignamente, se atrevió á admitiros y protegeros como hermano. Adios, señor; ya queda desempeñada mi comisión.

Diciendo esto, retiróse el conde sin ninguna ceremonia de atenta despedida.

—Seguidle, seguidle—gritó el rey—recoged la manopla y seguidle: no hablo contigo, Dunois; ni contigo tampoco, lord Crawford; me pareces demasiado viejo para encargarte de un negocio tan acalorado. Primo de Orleans, tú eres demasiado joven para tomarlo á tu cargo. Señor cardenal, señor obispo de Evreux, sólo á la santidad de vuestro ministerio corresponde establecer la paz entre príncipes cristianos; recoged la manopla y haced conocer al conde de Crève-Cœur el grave pecado que ha cometido insultando en su propia corte á un gran monarca, y obligándole á atraer las calamidades de la guerra sobre sus estados y los de sus vecinos.

Interpelado así personalmente el cardenal de La Balue, cogió el guante con la precaución con que cogiera una víbora (tanta era su aversión á este símbolo de guerra), y salió en seguida de la regia estancia en busca del embajador.

Luís extendió silenciosamente la vista sobre sus cortesanos, cuya mayor parte, excepto los que nombramos, eran hombres de oscuro nacimiento, que debían los altos empleos á que el rey les había elevado en su palacio, no á su valor ni á sus hazañas, sino á habilidades de muy distinto género. Mirábanse unos á otros perdido el color, y era evidente que las escenas de que acababan de ser testigos hicieron en ellos una impresión poco agradable. Echóles Luís una mirada de desprecio, y dijo en alta voz:

—Por mas que el conde de Crève-Cœur sea presuntuoso y soberbio, ello es fuerza confesar que tiene en él el duque un servidor que no cede en osadía á ninguno de los que cualquier otro príncipe haya podido encargar de un mensaje. Desearía yo saber dónde podría encontrar otro tan fiel para enviar mi respuesta.

—Vuestra Majestad agravia á la nobleza francesa, señor—dijo Dunois:—cada uno de nosotros es muy capaz de llevar un cartel de desafío al duque de Borgoña en la punta de la espada.

—Y no ofende menos Vuestra Majestad, señor—dijo el anciano Crawford—á los caballeros escoceses que tienen el honor de serviros. Ni yo ni ninguno de mis subordinados, como que somos de la clase que para ello se requiere, vacilaríamos en pedir cuenta de su conducta á ese orgulloso embajador. Mi brazo conserva todavía bastante vigor para castigarle, si Vuestra Majestad se digna permitírmelo.

—Pero Vuestra Majestad—añadió Dunois—no quiere emplearnos en ningún servicio que sea honorífico para Vuestra Majestad, para nosotros y la Francia.

—Di más bien, Dunois—respondió el rey—que no quiero ceder á esa impetuosidad temeraria con que por una fruslería, á fuer de caballeros andantes, pondríais en peligro vuestro honor, el trono y la Francia. No hay ninguno entre vosotros que ignore cuán preciosa es cada hora de paz para curar las heridas de un país que tanto ha sufrido: y sin embargo, todos os lanzaríais á la guerra á la primera aventura que os proporcionara una gitana vagabunda ó una damisela errante, cuya reputación tal vez no vale mucho más... Pero aquí vuelve La Balue; espero que nos traerá nuevas más pacíficas. Y bien, señor cardenal, ¿habéis restituído al conde el juicio y la calma?

—Señor—respondió La Balue—mi comisión era espinosa y difícil. He preguntado á ese soberbio conde cómo tuviera atrevimiento para dirigir á Vuestra Majestad la presuntuosa reconvención que puso fin á la audiencia; temeridad que debía atribuirse, no á su amo, sino á su propia insolencia, lo que por consiguiente le ponía á discreción de Vuestra Majestad y le sujetaba á todo castigo que fuera del agrado de Vuestra Majestad imponerle.

—Hablasteis muy bien—dijo el rey:—y él ¿qué respuesta dió?

—El conde—continuó el cardenal—tenía el pié en el estribo para montar á caballo, y al oir mis palabras ha vuelto la cabeza sin variar de posición. «Aunque me hubiese hallado á cincuenta leguas, me dijo, si llegara á mi noticia que el rey de Francia hiciese una pregunta humillante para mi príncipe, volviera las riendas de mi caballo para venir á desahogar mi corazón con la respuesta que acabo de darle.»

—Ya os manifesté, señores—dijo el rey echando una mirada en derredor suyo sin la menor señal de cólera ni aun de agitación—que mi primo el duque posee en Felipe de Crève-Cœur tan digno servidor como el mejor que otro príncipe alguno haya podido tener á su diestra. Pero ¿le habéis decidido á quedarse?

—Sí, señor, por veinticuatro horas—respondió el cardenal—y empeñéle también á recobrar interinamente la prenda del desafío. Se ha aposentado en la posada de la *Flor de lís*.

—Procurad que le traten espléndidamente y á mis expensas—dijo el rey.—Un servidor como ese es una perla digna de la corona de un príncipe... ¡Veinticuatro horas!—añadió en voz baja, hablando consigo mismo y abriendo los ojos como si quisiese penetrar en el porvenir...—¡Veinticuatro horas!... El plazo es de los más cortos; sin embargo, veinticuatro horas, cuando se saben hábil y mañosamente aprovechar, equivalen á un año entre negociadores indolentes é incapaces. Vamos, señores, á la caza, al bosque! Orleans, querido primo, deja á un lado esa modestia, por bien que te siente, y no te dé cuidado el aire reservado de Juana. Primero cesará el Loira de recibir las aguas del Cher, que ella deje de amarte, como tú de preferir al suyo el cariño de otra—añadió en tanto que el desgraciado príncipe seguía con lentos pasos á su futura esposa.—Tome cada cual su venablo, señores; pues Alegre, mi cazador, ha descubierto un jabalí que dará qué hacer á hombres y á perros. Dunois, troquemos los venablos; este es harto pesado para mí, y acuérdome que nunca he encontrado semejante defecto en tu lanza. Á caballo, señores, á caballo.

Y toda la corte partió para la caza.